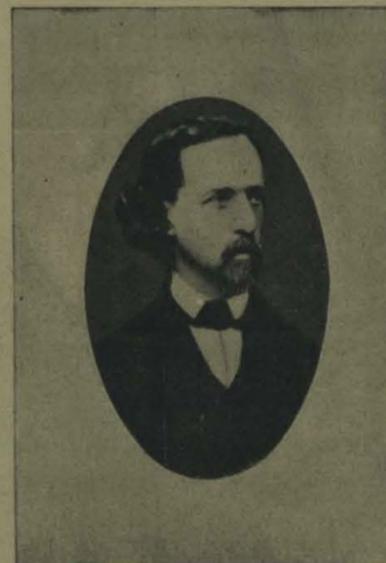


étnica. El estudio del mapa de las Galias nos muestra los Belgas, pueblos que seguramente eran germanos ó muy germanizados, encontrándose en los valles bajos del Marne y del Oise, con los Celtas propiamente dichos: allí se unían las dos aguas, aportando cada una su carácter propio; la herencia, legado del medio anterior, producía contrastes forzosos en la mentalidad y en las energías de las diversas poblaciones que, tras siglos y siglos, trabajaban por mezclarse y confundirse en millones de familias. Esa lucha continua que se opera en las profundidades sociales, ha de manifestarse por una efervescencia mayor, por un trabajo exterior cuya fuerza, en ocasiones excepcionales, llega hasta las explosiones revolucionarias, y pueden producirse en diferente sentido, sea en dirección progresiva, sea, por el contrario, en un movimiento de regresión. He ahí por que, durante el período de la Reforma, el París de los Ligueros obraba indudablemente al servicio de la Iglesia contra el pensamiento libre: ¡qué triste contra-revolución fué la matanza de la San Bartolomé! Pero en otras circunstancias, París se halló á la cabeza de la nación francesa, combatiendo y sufriendo por la causa común de todos los pueblos. La década que lleva por excelencia el nombre de «Revolución» merece realmente ser distinguida por la ola de sentimientos y de pensamientos de que París fué entonces el porta-voz para el género humano y por la significación de los actos que en su seno se produjeron. Luego, pasada aquella gran época de que data el mundo moderno, en varios otros momentos del siglo XIX se desarrollaron acontecimientos de importancia mundial: la revolución de 1848, que repercutió en crisis secundarias en el mundo entero é inauguró, por decirlo así, la entrada oficial del socialismo en las agitaciones políticas, y la revolución de 1871, la Commune de París, que suscitó tantas esperanzas en los ánimos de los pueblos oprimidos.

Algunos días antes de la Commune, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba á sus cortesanos con ademán desdeñoso diciendo: «¡la bestia está muerta!» Y quizá nunca fué la acción revolucionaria de París tan poderosa en la historia de la evolución general. A partir del momento

de la proclamación de la Commune y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico. España, especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fué profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la república española (1873), el movimiento general que se produjo en la mayor parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunalista. El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar á punto de triunfar: llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al poder á un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pi y Margall, uno de los pocos hombres á quienes el ejercicio de la autoridad no



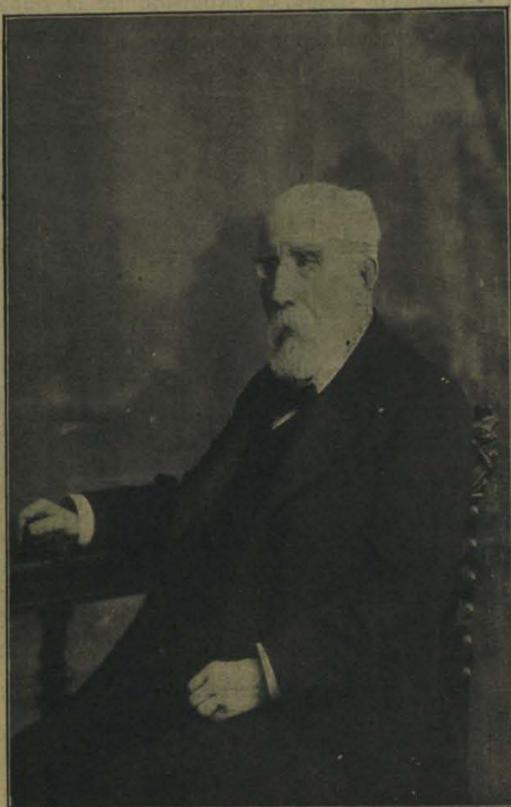
JUAN BAUTISTA MILLIÈRE, 1817-1871

Aunque no tomó parte en la Commune, fué fusilado el 21 de Mayo en la Plaza del Panteón.

pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado á ser demasiado poderosa para que soltara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron á ese juego para afirmar la dominación del sable, y el día 3 de Enero de 1874, un general, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del Congreso, obligando á los diputados á retirarse. Así se instalan las monarquías.

No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad de Cartagena, se defendía aún valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que le rodea y por los

barcos de guerra de que se había apoderado. Representada por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios de la época, el municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad



FRANCISCO PÍ Y MARGALL

y de fraternidad entre ciudadanos y atacó con mayor franqueza los problemas sociales: durante mucho tiempo los proletarios Cartageneros recordaron sus dichosos días de trabajo y de bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (12 Julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota; con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo; con ellos libraron un combate naval contra los buques «del orden» y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado *La Numancia* para entregar á las autoridades francesas de Orán (12 Enero 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado.

Al terminar el año, llamado por Martínez Campos, Alfonso XII, el joven hijo de la reina Isabel, debidamente bendecido por el papa para emprender su tarea de reparación monárquica y religiosa, des-

embarcaba en Barcelona, y, más carlista que el mismo D. Carlos, ponía manos á la obra para borrar las huellas de las revoluciones que acababan de conmover España. Inmediatamente abolió el jurado, el matrimonio civil, la libertad de enseñanza, devolvió á la Iglesia y á las congregaciones los bienes eclesiásticos no vendidos, prohibió á los no católicos todo ejercicio público del culto: se acercó todo

lo posible al régimen de los buenos tiempos de la Inquisición, sin lograr á pesar de todo satisfacer á la Iglesia. En las colonias mantuvo incólumes los privilegios de los plantadores, dando satisfacción á la república de los Estados Unidos, de la cual había capturado un buque y fusilado unos ciudadanos.



CARTAGENA Y SU BAHÍA

Cl. J. Kuhn, edit.

Respecto de este asunto, la monarquía española no podía esperar más que ganar tiempo, porque ningún hombre de buen sentido podía dudar del «destino manifiesto» que esperaba á las colonias antillanas. No hay duda que la población de Cuba estaba demasiado

junto de circunstancias que les impedían retroceder saltando sobre el siglo hasta los años que precedieron á la fecha fatal de 1789. Hasta el mismo rey que habían escogido, y al que reconocían el doble privilegio de reconciliar las dos ramas de la monarquía, puesto que el heredero natural del conde de Chambord era el nieto de Luis Felipe; ese mismo rey, verdaderamente providencial, se negó en el momento oportuno á arriesgar la aventura de una restauración. La monarquía se vió obligada á abdicar por impotencia senil; pero mucho tiempo después de su defunción, los muertos gobiernan á los vivos: la «República sin republicanos», tal fué la fórmula casi oficial del régimen instaurado en la Francia vencida. El espectáculo de ese estado de cosas ilógico fué á la vez lamentable y risible; era una mezcla de supervivencias incongruentes. La situación política de un país cuyos ciudadanos parten de principios opuestos no puede ser provisionalmente más que el caos.

Otra calamidad cayó sobre Francia. La masa de la nación, muy económica, después de haber sufrido la terrible destrucción causada por la guerra, fué asolada por la filoxera, desastre comparable al anterior: no puede evaluarse en menos de diez mil millones la pérdida real sufrida por una región de Francia, precisamente la que había escapado á la otra invasión¹. Y esa pérdida de dinero era todavía poca cosa comparada con la paralización del trabajo, que, produciéndose en toda una industria nacional, amenazaba cambiar los hábitos tradicionales, y los modificaba poderosamente, en efecto; desplazaba las poblaciones, por decirlo así, y cambiaba el alma de una parte notable de la nación. Muchos departamentos donde no se conocía la miseria, donde el bienestar general era la regla, como el Herault y la Gironda, fueron gravemente atacados en su proletariado agrícola, reapareciendo allí la mendicidad. Las propiedades, muy depreciadas, cambiaron de poseedores, y en muchos puntos se constituyeron grandes propiedades, con la reunión de centenares de viñas arruinadas cuyos antiguos propietarios se habían visto obligados á abandonar el país. Mientras que la mayoría de aquellos á quienes había herido el desastre se volvían hacia el gobierno para pedir, unos socorros,

¹ Gabriel Hanoteau, *Nouvelle Revue*, 15 Noviembre 1902.

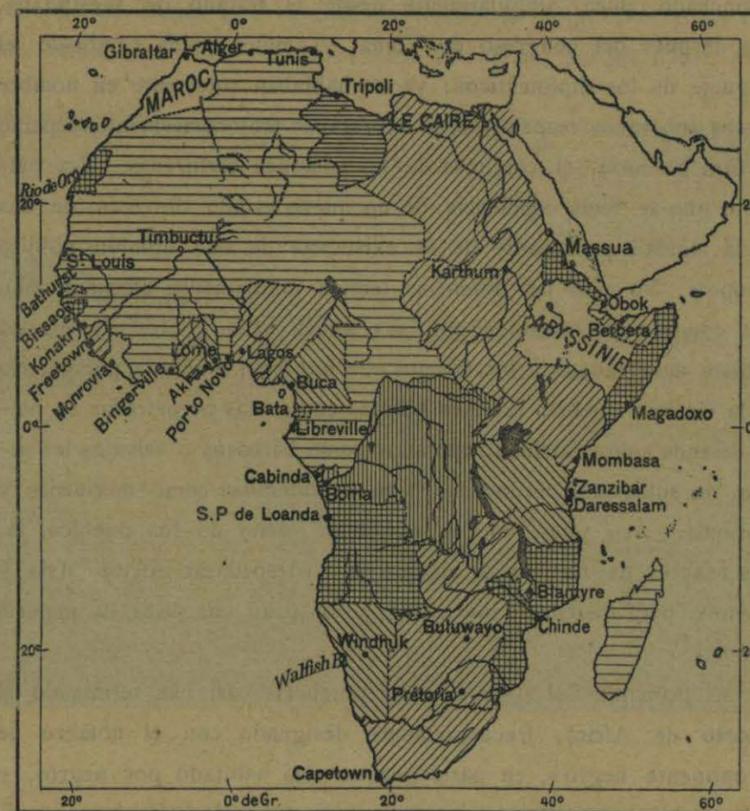
otros destinos, algunos hombres de iniciativa se ingeniaban buscando mejores procedimientos de cultivo ó creando nuevas industrias; otros fueron á establecerse en Argelia ó en colonias lejanas. Es indudable también que la propagación de la filoxera ha contribuido á aumentar en el campesino francés esa prudencia que le distingue acerca del aumento de su familia: por falta de confianza en el porvenir, limita el número de sus hijos, y Francia, donde la juventud escasea, disminuiría en población si los inmigrantes Belgas, Italianos, Suizos, Germanos y Eslavos no vinieran á rellenar los vacíos.

A este respecto, las demás naciones civilizadas del mundo, á excepción de ciertas comarcas donde domina el elemento burgués — tales como el país «sajón» en Transilvania, y muchos distritos de Nueva Inglaterra, — no se dejan dominar por el mismo espíritu de prudencia, y la población aumenta en el conjunto de los Estados en que los economistas formulan regularmente sus cuadros estadísticos; pero desde otro punto de vista, Europa y las naciones europeizadas se aventuran menos á la ligera que antes en los conflictos diplomáticos y en las violencias á mano armada. El terrible choque franco-alemán parece haber inspirado prudencia á los conductores de los pueblos. Aunque en ninguna otra época de la historia se hayan hecho en el mundo, en proporción de los recursos nacionales, tantos gastos de guerra; aunque los ejércitos hayan excedido mucho en número y en sabia organización á todas las masas de hombres de que los grandes capitanes se hayan hecho seguir hasta el presente, y aunque los almacenamientos de fuerzas destructivas hayan representado gradualmente en el presupuesto un conjunto que se hubiese considerado imposible, aun bajo un Napoleón; sin embargo, las naciones de Europa, militarizadas hasta el extremo, se limitan á observarse con maligna desconfianza, aunque hablando de paz, de respeto de los tratados y de la solicitud de los gobiernos por la felicidad de los pueblos. Cada nación emplea millones y hasta miles de millones en blindar sus fronteras y sus barcos, en llenar sus arsenales de obuses y sus cuarteles de carne de cañón. La guerra ha sido proclamada santa, evocadora de fuerza y de valor; hasta el

Sin embargo, ese gran cambio de equilibrio en la fuerza relativa de las grandes potencias europeas era demasiado considerable para que éstas no pidieran revisar el contrato, y enviaron sus ministros á Berlín bajo la presidencia del conde de Bismarck, considerado como una especie de decano en los consejos de la fuerza, y allí se hizo sin apelación el nuevo reparto de los territorios de la Balkania y del Asia Menor entre los Estados. Servia y Montenegro, emancipados del feudalismo turco, recibieron un aumento de territorio; Bulgaria se constituyó en principado tributario, y Rumania, al sud de los Balkanes, quedó provincia turca: la nacionalidad búlgara resultó así cortada en dos; era necesario conservar elementos de intrigas y de guerras futuras. Rumania fué pagada por la ayuda que prestó á Rusia en un momento peligroso con la pérdida de la Besarabia, y se le dieron los pantanos de la Dobrudja en cambio de la provincia fértil y populosa que se vió obligada á abandonar. Los Rusos se tomaron, naturalmente, una buena parte del territorio de la nación vencida: á la Besarabia de Europa unieron una banda del Asia Menor en la que se halla la plaza fuerte de Kars y el puerto tan felizmente situado de Batum. En cuanto á Austria, que había prestado algunos servicios diplomáticos, recibió en cambio una pequeña abra en el Adriático, y, regalo mucho más importante, la gerencia indefinida de las dos provincias eslavas de la Bosnia y de la Herzegovina, grandes trozos de la península balkánica, á propósito para redondear el imperio austro-húngaro, modificando la extraña forma que le daba el largo corte del litoral de la Dalmacia. Para todos hubo, hasta Persia sacó una parcela de tierra. Por último, la Gran Bretaña, que pudo considerarse vencida al mismo tiempo que Turquía, á la que no había podido socorrer eficazmente hasta el último momento, debió al talento de su plenipotenciario lord Beaconsfield, la cesión de la isla de Chipre, mediante pensión, así como una especie de protectorado sobre el Asia Menor. Sin embargo, esta última cláusula, que hubiera exigido gran despliegue de fuerzas lo mismo que grandes desembolsos, ha quedado casi letra muerta, aunque la nación inglesa hubiera podido aprovechar esta situación para hacerse la protectora eficaz de los Armenios y asegurar así una poderosísima clientela en aquel pueblo inteli-

gente. Otras estipulaciones del tratado de Berlín fueron también escritos vanos, entre otras, aquella por la cual la Puerta se comprometía á distribuir por igual la justicia entre todos sus súbditos,

N.º 465. África recortada en posesiones europeas.



1 : 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

La Gran Bretaña ocupa Egipto, Sudán, etc., desde el Cairo á Mombasa, el África meridional desde Blantyre á Capetown, además domina en Bathurst, Freetown, Akka y Lagos, y por último en Walfishbay, Zanzibar y Berbera. — Las posesiones francesas dan al mar en Argel, Túnez, San Luis, Konakry, Bingerville, Porto-Nuovo y Libreville, y del lado opuesto del continente comprenden Madagascar y el territorio de Obock. — Alemania se ha instalado en Daressalam, Windhuk, Buca y Lome. — Turquía conserva Trípoli. — El rey de los Belgas, bajo el nombre de soberano del Estado independiente del Congo, reina en Boma. — Italia posee Massua y Magadoxo; España, Río de Oro y Bata; Portugal, Bissao, Cabinda, San Pablo de Loanda y Chinde.

sin excepción de raza ni de culto, y especialmente á proteger los agricultores armenios contra los bandidos kurdos: jamás promesa alguna fué más atrozmente violada.

Aunque las deliberaciones solemnes del consejo de Europa no pudiesen tener valor real sino ratificadas por la voluntad de los mismos pueblos, dábales cierta importancia el hecho de proceder de una asamblea que representaba toda Europa. El mundo oficial se había ensanchado, pues, singularmente desde el tratado de Westphalia, aun después del congreso de Viena. También había cambiado el lenguaje de los diplomáticos: ya no hablaban solamente en nombre de sus soberanos respectivos, se expresaban muy cortésmente respecto de otra potencia, el conjunto de las naciones civilizadas. Era evidente que se tenía conciencia de un nuevo estado de cosas, de una cierta unidad procedente de la existencia de una opinión pública europea. No sólo las potencias temían mutuamente atacarse, sino que comprendían también que una nueva gran guerra en Europa hubiera desagradado á los mismos que hubieran tenido la perspectiva de la victoria. Sabían también que las conquistas perpetradas en países lejanos sobre pueblos reputados como bárbaros ó salvajes les serían, no solamente perdonadas, sino consideradas como meritorias y gloriosas. Así, pues, con la excitación tácita de sus pueblos, los gobernantes de Europa se dedicaron á despedazar Africa, Asia y Oceanía, para distribuir los trozos y constituir con ellos su imperio colonial.

Al principio del siglo XX, las potencias casi han terminado el reparto de Africa, frecuentemente designado con el nombre de «Continente negro», en parte porque está habitado por negros, y algo también porque no es enteramente conocido. Extensos territorios que comprenden muchos miles de kilómetros cuadrados tienen ya su dueño oficial, según el almanaque de Gotha, pero no han sido recorridos aún por ningún viajero. Desde el punto de vista de la conquista, poco importa, porque es indudable que la fuerza militar de ataque que poseen los Estados europeos es suficientemente grande para triunfar de hordas sin disciplina ni estrategia; basta que tal ó cual país sea atribuido por convención diplomática á la Gran Bretaña, á Francia ó Alemania para que la tal potencia escoja con calma su hora de ocupación general ó parcial y de explotación comercial. Actualmente el continente africano puede ser considerado como una simple dependencia económica de Europa, y puede

afirmarse que los blancos, con su fuerza real, que les da tan absurda superioridad, y con su prestigio triunfante, no hubieran encontrado ninguna resistencia si la ocupación de las diversas comarcas no hubiera por su parte dado lugar á injusticias y á atrocidades de todo género; sin contar que en muchas ocasiones las guerras y las insurrecciones han sido voluntariamente suscitadas, porque daban mo-



VADO Á TRAVÉS DEL NÍGER CERCA DE BAFELÉ

Cl. L. Cuisinier.

tivo á los oficiales para reprimirlas y adquirir gloria, honores, títulos y ascensos.

El argumento por excelencia de los políticos dedicados con ardor á recortar el mundo en territorios coloniales, consiste en la exposición de la necesidad de dar salida á la población exuberante de Europa y á la sobreabundancia de los productos manufacturados. A ese artículo fundamental se añaden, aunque con íntima incredulidad, algunas frases repetidísimas sobre la influencia moralizadora de la civilización cristiana, y la conciencia queda satisfecha. Es verdad que la mayor parte de esos territorios anexionados bajo latitudes lejanas, no son á propósito para la aclimatación de los Europeos, y también que éstos, aunque el clima les fuera propicio, no hallarían